



Carmen Álvarez Alonso

En su etimología más básica, el término “misericordia” tiene que ver con el verbo *miserere* (compadecerse) y, más en concreto, con el adjetivo *miser* (desgraciado, que causa compasión). Además, incluye el término *cordis*, que significa corazón, es decir, la sede de los sentimientos y las emociones, ese lugar espiritual donde se teje y anuda todo el entramado afectivo de la persona¹. Por último, el sufijo *-ia* indica cualidad o virtud. Es decir, que en su acepción más básica, podríamos definir el término “misericordia” como virtud o cualidad de sentir por un desgraciado, o si se quiere, la cualidad de tener corazón hacia un necesitado. En este sentido, la misericordia también hace referencia a la cualidad de la compasión, al “sufrir con”, es decir, al arte de saber padecer con el otro, la cualidad de saber sufrir con alguien lo mismo que él padece. La misericordia y la compasión van de la mano, se hermanan espiritualmente en ese centro afectivo de la persona que es el corazón.

En el plano operativo, la misericordia hacia el sufriente y necesitado se expresa de muy diversas maneras. Es sabido que el pasaje de Mt 25,31-46 ha inspirado tradicionalmente la conocida lista de las obras de misericordia. Sin embargo, la misericordia tiene un campo semántico mucho más amplio y, en cualquier caso, se trata siempre de una experiencia que pone en juego a toda la persona: la persona de quien se compadece y la persona de quien sufre. Esto nos sitúa ya en el horizonte en el que discurrirán nuestras reflexiones. Porque no abordaremos aquí el tema de la misericordia desde su dimensión operativa, sino desde esa otra clave hermenéutica que es su carácter personal. La misericordia es virtud y cualidad específicamente humana. Y si podemos hablar de la encarnación del Verbo como una manifestación grandiosa de la misericordia de Dios hacia el hombre, no menos grandiosa es la consideración de la maternidad divina de María como paradigma y modelo de la compasión y misericordia cristianas.

1. La falacia del emotivismo: las falsas misericordias

El significado personal que define la experiencia de la misericordia está fuertemente unido a su dimensión afectiva, pues, como indica su etimología, se trata de una cualidad que nace en el corazón de la persona. Los verdaderos afectos, esos que se dejan atraer por la belleza del bien, son siempre tremendamente operativos y prácticos, hasta el punto de convertirse en la fuerza y el sostén del don de sí hacia el otro. Ahora bien, sabemos que este

* Artículo premiado en octubre de 2016 al mejor trabajo de profundización y reflexión sobre un tema mariológico, en el Certamen Mariano organizado por la Pontificia i Real Acadèmia Bibliogràfica-Mariana de Lèrida.

¹ Sobre el corazón, como centro del hombre, cf. C. GRANADOS-J. GRANADOS, *El corazón, urdimbre y trama* (Burgos 2010). Cf. también C. ROCCHETTA, *Teología de la ternura. Un “evangelio” por descubrir* (Salamanca 2001).

mundo de hoy, al que la Iglesia tiene que hacer llegar el anuncio de la misericordia, está profundamente afectado por una mentalidad emotivista dominante –y dominadora–, que nos hace ver la realidad desde el prisma casi absoluto de la emoción y del sentimiento. Algunos autores hablan de una “cultura líquida”, es decir, estructurada en torno a un sujeto débil e inmaduro en el gobierno de sus propios sentimientos, anclado en un adolescentismo narcisista, que le incapacita para asumir relaciones estables y duraderas, y para abrirse a una concepción del amor entendida desde la lógica del don y de la acogida².

Esta confusión, o más bien asimilación, entre el verdadero amor, el que se entiende en clave de donación personal, y el sentimiento, reducido a la mera experiencia emotivista y aislado del conjunto de todo el entramado afectivo de la persona, nos puede conducir a un reduccionismo ciertamente dañino: la misericordia no tiene ya su centro y su fin en la persona, en la totalidad e integridad de la persona, sino en el propio sentimiento, en la emoción individualista; de este modo, la compasión queda reducida a una experiencia afectiva más, despojada de su significado más profundo que es eminentemente personal y humano. Son las vivencias interiores, las emociones, el placer momentáneo, el sentimiento que me genera la compasión y el consuelo hacia el otro, quienes rigen la praxis de esta visión de la misericordia. Por este camino, terminamos psicologizando esta cualidad tan profundamente humana y personal, la despojamos de su significado más teológico y sagrado. Y olvidamos también que el centro de gravedad en torno al cual gravita todo el contenido de esta realidad es la verdad de la persona, esa verdad que alcanza su culmen en la definición del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-30).

Esta falacia del emotivismo nos permite describir una breve tipología de algunas “falsas misericordias”, que parecen responder al patrón reduccionista de la cultura sentimental dominante:

a) En primer lugar, una misericordia que podríamos llamar “humanitarista”, o “filantrópica”, entendida en un sentido muy altruista. Es esa conducta humana que busca servir constructivamente al otro, ayudarle en su supervivencia, atenderle de manera diligente y desinteresada, aun a costa del bien y de la comodidad propia. Se socorre espontáneamente una necesidad determinada, se alivia puntualmente un dolor, se resuelve ocasionalmente una escasez, y, aunque se hace el bien al otro, en realidad lo que se busca es la gratificación de vivir una experiencia de empatía con uno mismo. Es decir, hago el bien al otro porque eso a mí me hace sentirme bien conmigo mismo. Se trata de una expresión de gran altruismo, pero su centro no es tanto el valor de la persona en sí misma sino, en realidad, el bien concreto que se hace y sobre todo la sensación tan positiva que ese bien me reporta. A esta concepción reducida de la misericordia habría que preguntarle: ¿Se puede hacer el bien a otros sin buscar el beneficio propio que ello me reporta? ¿Qué pasa cuando, a fuerza de buscar mi propia compensación, me canso del bien ajeno y me convierto a mí mismo en la medida del bien?

b) Podríamos hablar también de una misericordia “romántica”, o “sentimentalista”, esa que, según la descripción que hemos hecho antes, se reduce a mera experiencia sentimental

² Cf. Z. BAUMAN, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (Madrid 2011); *Id.*, *Modernidad líquida* (Madrid 2002).

y no llega a trascender al plano operativo. Es una misericordia que se conmueve pero que no se compromete, sino que espera y anima a que otros actúen. Aquí el sujeto se impresiona ante las necesidades, debilidades y sufrimientos de los demás, pero, se queda ahí, en la expresión de sus emociones y sentimientos, e incluso busca persuadir a otros para que sientan lo mismo. Al interpretar el bien desde criterios sentimentalistas, esta misericordia emotivista da la espalda a cualquier criterio racional y objetivo que evite encerrar el bien en criterios meramente subjetivos. A esta concepción también reducida de la misericordia habría que preguntarle: ¿Qué pasa cuando, ante las necesidades y sufrimientos de los demás, no surge el sentimiento interior? ¿Qué pasa cuando tampoco los demás se ponen en acción, porque todos esperan a que todos actúen?

c) Está también la misericordia que podríamos llamar “sincretista”, o “relativista”, es decir, esa en la que todo vale, porque lo importante es socorrer y ayudar al otro, por la motivación que sea, al margen de cualquier condicionamiento objetivo de carácter moral, religioso, dogmático, ético, político, etc. Nos une el bien por el bien, el deber de hacer el bien, y para ello debería estar dispuesto a renunciar a mis principios, en aras de un consenso más amplio y ocasional, que es el que viene impuesto por la necesidad de socorrer y ayudar al otro. Esta misericordia, en realidad, se relaciona con las dos anteriores y queda polarizada en torno a un aparente bien mayor que ese consenso universal en el bien, en el que, al final, el valor concreto de la persona termina por diluirse. A esta concepción reducida de la misericordia podemos preguntarle: ese bien universal y consensuado que se invoca, ¿no se convierte quizá en algo demasiado abstracto y amorfo, incapaz de explicar y sostener a la larga la misericordia hacia el otro? Si ese bien genérico no se vincula a una persona concreta, ¿a quién, entonces, se dirige? ¿No estaremos cayendo aquí en un nuevo “dogmatismo”, el del bien consensuado, que sustituye al “dogmatismo” de mis propios principios?

d) Por último, podríamos hablar de esa misericordia “espiritualista” que, ante los sufrimientos, debilidades y necesidades ajenas, reacciona recurriendo, de manera tan unilateral como las interpretaciones anteriores, a los medios solo religiosos –o, más bien espiritualistas– a la espera de que otros, menos espiritualistas, pongan la solución. Ciertamente, el poder de la oración es insospechadamente mayor de lo que podemos intuir o imaginar, quizá incluso mayor que cualquiera de nuestras obras de misericordia. Pero, sabemos que el recurso al *ora*, si no va acompañado del *labora*, corre el peligro de convertirse en un espiritualismo, quizá muy cercano a un cierto ensoñamiento romántico y narcisista, que está muy lejos de lo que es la verdadera espiritualidad cristiana. A esta visión también reducida de la misericordia podríamos preguntarle: ¿No será, acaso, que detrás de nuestro único recurso a la plegaria estaremos ocultando una gran omisión y, en definitiva, una gran e inoperante comodidad espiritual, que nada tiene que ver con la caridad cristiana y con la verdadera oración?

En realidad, todas estas interpretaciones parciales –y, por lo tanto, erróneas– tienen en común el hecho de reducir la misericordia a una experiencia individualista y subjetivista, a merced de criterios relativistas, que la desvinculan de su verdadera perspectiva natural, que es el valor de la persona en su integridad. Pero, ni el altruismo, ni el emotivismo, ni el racionalismo o el espiritualismo dan cuenta de una verdad del amor que ilumine el verdadero

significado de la misericordia cristiana. Estas visiones parciales y erróneas se muestran, en realidad, falaces, en el sentido de que reducen la misericordia a unos mínimos y a un lenguaje que, supuestamente –solo supuestamente–, puede resultar comprensible en el diálogo con la mentalidad emotivista de la cultura actual, pero que se apartan del verdadero significado que esconde la misericordia evangélica. Por estos caminos, estamos abocados a un proceso de secularización de la misericordia, del que no es fácil después retornar.

2. El don como clave hermenéutica de la misericordia cristiana

Es claro que en Dios no se entiende la misericordia desde la sola óptica del sentimiento y la emoción, o solo desde el plano operativo, o solo desde motivaciones humanitarias y altruistas, por más que la virtud de la misericordia englobe también –aunque no solo– todas esas dimensiones. Cuando, a lo largo de la historia de salvación, Dios se revela al hombre como Amor primero, radical y originario, se revela a la vez como el más próximo a nosotros, inclinado y compasivo con el hombre. Si hay alguna nota distintiva en esta revelación del amor de Dios es precisamente esa: su compasión hacia todo lo humano, su saber “padecer con” el hombre, algo que hace del amor de Dios un amor específicamente misericordioso. El culmen de esta revelación del amor misericordioso de Dios es Cristo, en quien se nos ha hecho carne la verdadera compasión trinitaria, pues en Él ha sido abrazada radicalmente toda la debilidad y miseria de nuestra condición humana para ensalzarla hasta la gloria de la comunión divina. El camino histórico de la revelación nos muestra, por tanto, que en Dios la misericordia se entiende desde una clave, el “don” personal, y se articula en torno a un movimiento principal, que es “darse”. En realidad, esa lógica del don permea todos los momentos de la historia de la salvación, desde la creación, que es el don originario y radical de Dios hacia el hombre, hasta la Encarnación, pasando por la resurrección y la parusía, que son el cumplimiento pleno y total del don de Dios hacia su criatura. El pecado, además, coloca al hombre y su condición creatural en una situación de desvalimiento mayor, que hace de la misericordia divina un atributo si cabe aún más hermoso y grande. Pero, la misericordia en Dios no se explica desde el pecado sino desde el don del amor.

Sabido es que en la estructura del don está presente el donante, el receptor y la mediación concreta del bien que se ofrece al otro. Esta misma estructura constituye, por tanto, el armazón interno de la misericordia cristiana, en la que la persona siempre ha de ser considerada como la destinataria del bien concreto, nunca al revés³. Es más, en la misericordia cristiana es la persona concreta la que está en juego, considerada como un bien en sí misma. Esta misericordia es intrínsecamente personal, tiene siempre como fin a otra persona; pero, esto solo no basta: es necesaria también la dimensión del bien. Por eso, el acto de misericordia tiene la peculiaridad de que se dirige a la persona concreta, siempre a través de la mediación de un bien. En el equilibrio entre estos tres polos del don –donante, receptor y bien– se juega la verdad humana y personal de cualquier obra de misericordia. El amor no es solo benevolencia, es decir, no es solo querer el bien del otro, porque eso no es suficiente.

³ Cf. JUAN PABLO II, *Carta a las familias* n. 12: “La persona jamás ha de ser considerada un medio para alcanzar un fin; jamás, sobre todo, un medio de “placer”. La persona es y debe ser sólo el fin de todo acto. Solamente entonces la acción corresponde a la verdadera dignidad de la persona”.

Separar el bien de la persona y del amor, y buscar el bien sin un destinatario concreto nos sitúa en el camino de las falsas misericordias. Pero, tampoco el amor es solo querer al otro, porque tampoco esto es suficiente. No basta sentir el amor, sino que hay que ofrecer al otro un bien concreto, porque el amor se pone en las obras y no solo en el sentimiento o en las palabras. Por esta vía, también acabaríamos en la falacia de las falsas misericordias. Precisamente para librarse del subjetivismo y del objetivismo, el amor ha de ser, a la vez, subjetivo y objetivo, es decir, ha de evitar dos reduccionismos: suprimir la mediación del bien y reducir la misericordia a un falso espiritualismo; o bien, suprimir la persona y reducir la misericordia a hacer el bien por el bien. El acto de misericordia es siempre muy práctico y operativo, pero siempre inseparable del don del amor y de la persona concreta.

Situados en esta perspectiva de la lógica del don y de la centralidad de la persona, es fácil deducir algunas notas que nos sitúan en el horizonte de la verdadera misericordia evangélica, en orden a un sano discernimiento. Se trata, en primer lugar, de una realidad eminentemente *interpersonal*: la misericordia es virtud propia de personas, porque el amor se dirige siempre a la persona y requiere, por lo tanto, al menos dos personas concretas. Lo personal del hombre se define desde el don de sí y la entrega mutua al otro, por lo que el dinamismo propio de la misericordia es también el dinamismo del amor, entendido como donación y entrega personal de sí. En esta perspectiva, el centro ya no soy yo, sino siempre el otro, y esto me obliga a salir de mí mismo y a entregarme al otro según la verdad completa de lo que él es. Así pues, una obra de misericordia no puede entenderse solo como un hecho aislado, puntual, ocasional y espontáneo, sino que abarca toda la persona: la del donante y la del receptor.

Por eso, la misericordia cristiana tiene una estructura *responsorial*: no se limita a abrazar al culpable, a levantar al caído, sino que favorece y hace posible una respuesta libre en el otro. Ha de suscitar en el otro la acogida del bien, para que la respuesta genere en la persona una verdad, es decir, una afirmación en la verdad de lo que él es como persona. La misericordia cristiana, por tanto, es *recíproca*: mi entrega al otro le reafirma en la verdad de lo que él es: una criatura amada por sí misma, y, al mismo tiempo, me reafirma también a mí en la verdad de lo que yo soy: persona, es decir, una criatura que se realiza en el don de sí a los demás⁴. Por eso, ese don que se entrega a la persona en cuanto bien requiere como actitud necesaria la *acogida*, es decir, la disponibilidad interior para aceptar al otro por sí mismo. Acoger al otro por sí mismo, sin condiciones, sin límites, es la consecuencia lógica de considerarlo como un bien en sí mismo. Acoger es unir a sí, llevar dentro, soportar y llevar las cargas y el peso del otro haciéndolo mío. Por eso, la acogida es ya una forma inicial y muy personal de compasión, de saber “sufrir con” el otro.

Una acción misericordiosa lo es realmente cuando consigue reafirmar tanto en el donante como en el receptor la verdad de lo que cada uno es: un bien en sí mismo, en cuanto persona. Porque lo que está en juego no es tanto el bien concreto que se ofrece cuanto el bien que es la persona misma. Cuando esto se consigue, la misericordia se

⁴ “El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (*Gaudium et spes* 24).

convierte en una realidad eminentemente *comunional*: busca la comunión con el otro, y no solo el encuentro ocasional o puntual; y la comunión es tanto más plena cuanto más humana y personal es la medida del “darse”, es decir, es tanto más plena en la medida en que el bien que se entrega y se comparte es la propia persona.

La misericordia cristiana es también una realidad *generativa* y *biográfica*: no se inclina hacia un “individuo”, es decir, no se conforma con resolver el dolor o la necesidad del otro, sino que se inclina hacia una “persona”, es decir, busca transformar al otro, iluminarlo en la verdad de lo que él es y conducirlo hacia su propia plenitud humana. No se reduce a una praxis puntual y espontánea sino que mira a generar la persona. Supone, por tanto, un acompañamiento continuo, que va más allá de la necesidad puntual, y que busca acoger a la persona en su totalidad para conducirla hacia su propia plenitud. Es también la misericordia que se hace creíble en el *tiempo*, porque la temporalidad pertenece también a la verdad del amor y del don: se va haciendo más veraz y verdadero cuanto más duradero es en el tiempo.

Es claro que una misericordia así vivida no tiene su medida y origen en el corazón humano sino que ha de ser *un don de Dios al hombre*. En realidad, es ese don compasivo de Dios hacia el hombre, que nos precede de manera radical y originaria, el que nos capacita para ser también nosotros misericordiosos con el otro. San Juan lo decía así refiriéndose al amor: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero” (1 Jn 4,10).

En el marco de una descripción de la misericordia en clave personal, es decir, estructurada en torno a la lógica del don de sí, se nos abre el camino hacia una reflexión sobre la maternidad entendida también –al igual que la misericordia–, como un hecho profundamente humano y personal. Todas esas notas con las que hemos descrito la especificidad de la misericordia cristiana se realizan en grado sumo en la maternidad virginal y divina de María. En este acontecimiento salvífico, central en la historia de la salvación y decisivo para la obra de la redención, Dios nos revela de un modo único el contenido y la forma de su amor misericordioso, sirviéndose del lenguaje humano del don y de la maternidad.

3. La maternidad divina de María y la misericordia cristiana: paralelismos a la luz de una analogía

La maternidad abarca toda la persona y no solo el cuerpo. Hay que evitar, por tanto, una hermenéutica meramente biologicista de la maternidad, que no explica todo el significado humano, personal y teológico que encierra la maternidad de cada mujer, y de una manera muy especial, la maternidad virginal y divina de María. La maternidad está unida a la estructura personal del ser mujer y a la dimensión personal del don; es más: en la mujer, está unida de un modo especial y singular al don de sí, por lo que la maternidad tiene una vinculación estrecha con la virtud de la misericordia. La maternidad tiene una estructura eminentemente donal y, en el caso de la maternidad de María, esa estructura alcanza una plenitud única. El don personal de Dios Trinidad es acogido plenamente en María, a través de la mediación de un bien, que en su caso reviste una magnitud insospechada y de alcance

universal. Porque el bien que está en juego para todos los hombres es la encarnación del Verbo, pero también el bien de la maternidad virginal y divina de María, que habrá de prolongarse universalmente a través de la maternidad de la Iglesia. De este modo, la maternidad y la misericordia se convierten en dos expresiones particulares de la realización del don de sí, que se unen en María de un modo admirable y único.

La maternidad divina de María es un *don singular de Dios*. Por tanto, la medida de este acontecimiento salvífico central no está en el corazón humano, y ni siquiera en el deseo también humano de María, sino en la iniciativa libre y gratuita de Dios, que nos precede radicalmente con su amor compasivo hacia el hombre. La mujer, elevada a una dignidad única en María, se encuentra en el corazón mismo de este acontecimiento salvífico que es la Encarnación del Verbo, en el que están contenidas las líneas esenciales de la estructura personal y humana de la misericordia. Si la misericordia es el amor compasivo que se inclina hacia el hombre, en cualquiera de sus necesidades y carencias, en la maternidad de María, Dios se ha acercado y entregado al hombre en grado sumo, abrazando y uniendo a la naturaleza divina del Verbo todo lo humano, con todo su pecado. De este modo, el lenguaje de la maternidad humana se convierte en el lenguaje más humano de la misericordia de Dios hacia el hombre. Es la intuición que se expresaba ya en los textos de los profetas del Antiguo Testamento, cuando atribuían al amor de Dios cualidades maternas⁵. Y, si a través de la maternidad de María se hace carne en Cristo la compasión misma de Dios hacia el hombre y hacia todo lo humano, en la respuesta y en la acogida de María se constituye un vínculo excepcional y singular de Dios con todo lo humano, con todos los hombres, hacia los que va destinado su amor misericordioso entregado en Cristo. Tanto la iniciativa divina como la cooperación de María a través de su maternidad virginal hacen posible que la misericordia de Dios hacia el hombre logre su alcance universal.

Este origen en Dios hace de la maternidad de María una realidad también eminentemente *responsorial*. El *fiat* de María sintetiza toda la densidad de la respuesta de María a ese don primero y originario de Dios. Esta respuesta va acompañada de un acto de amor, que es entendido también como donación personal de sí, destinado a acoger al Hijo, a través de la mediación concreta de su maternidad virginal. María responde desde la fe no solo como criatura, expresando su voluntad libre, sino también como mujer, es decir, desde la entrega plena de su humanidad femenina y materna⁶. Las palabras que el evangelista pone en labios de María cuando saluda a su prima Isabel: “El Poderoso ha hecho obras

⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n. 15: “Nos volvemos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado, al Dios que es fiel a sí mismo, a su paternidad y a su amor. Y al igual que los profetas, recurramos al amor que tiene características maternas y, a semejanza de una madre, sigue a cada uno de sus hijos, a toda oveja extraviada”; *Id.*, *Homilía en la concelebración en la plaza del Estadio de Bari* (26-2-1984): “Desde el principio Dios ha rodeado al hombre con un amor particular. Y este amor tiene características paternas y maternas a la vez, como lo testimonia el profeta Isaías en la primera lectura: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré” (Is 49,15); *Id.* *Audiencia general* (2-10-1985): “Y he aquí las palabras de Isaías: “Sión decía: el Señor me ha abandonado, y mi Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede acaso una mujer olvidarse de su niño, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaría” (Is 49,14-15). Qué significativa es en la Palabra de Dios esta referencia al amor materno: la misericordia de Dios, además de a través de la paternidad, se hace conocer también por medio de la ternura inigualable de la maternidad”.

⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem* 4: “Mediante una respuesta desde la fe, María expresa al mismo tiempo su libre voluntad y, por consiguiente, la participación plena del “yo” personal y femenino en el hecho de la Encarnación”.

grandes en mí”(Lc 1,49), recogen muy bien ese nuevo sentido que la vivencia de la maternidad virginal y divina adquiere en María. El acontecimiento de su maternidad, precisamente porque es una realidad totalmente humana y divina a la vez, se convierte en una experiencia radical y profunda que le permite redescubrir, de un modo absolutamente nuevo, la misericordia divina hacia su persona y hacia su condición de mujer. La exclamación de María en el *Magnificat* se refiere ciertamente a la obra grande que es la concepción virginal del Hijo; pero, a la vez, expresa también esa otra obra no menos grande que es el descubrimiento de su maternidad como experiencia radical de la misericordia de Dios, inclinada y compasiva hacia lo más femenino de su persona que es la maternidad. Por eso, María podrá decir también con todo sentido que “su misericordia llega a sus fieles de generación en generación” (Lc 1,50). María Madre sintetiza y recapitula en sí la respuesta de todo el género humano al don primero de Dios, de tal manera que Ella, en su maternidad, es la que hace realmente posible y efectivo el don de Dios a todos los hombres en Cristo. Y sin la mediación de su maternidad, tampoco la Iglesia habría prolongado la eficacia de ese don de Dios a todos los hombres.

La maternidad de toda mujer tiene una estructura fuertemente *interpersonal* que, en el caso de María, adquiere una plenitud propia. Ser persona comporta existir en relación con el otro, con otra persona humana; y ser madre, significa serlo en relación al hijo y al varón, esposo y padre. En María, ser Madre significa serlo en relación al Hijo, y en relación a Dios Padre, de quien recibe al Verbo en el don del Espíritu Santo. Por tanto, el modelo para interpretar así, desde el don, la realidad de la misericordia y de la maternidad, es Dios Trinidad. Que el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios significa que está llamado a existir “para” los demás, a convertirse en un don, pues ese dinamismo del don modula también la vida intratrinitaria. Que la mujer es creada con una estructura personal y afectiva específicamente vinculada a la maternidad significa que está llamada a realizar su don de sí a través del don al hijo. Desde aquí se entiende que la misericordia sea una cualidad esencial al ser personal del hombre, y que se realice de una manera singular en el don de sí propio de la maternidad. Se inserta aquí, también con significados nuevos, el principio de la ayuda, que ya formuló Gn 2,18-25, refiriéndose al hombre creado como varón y mujer: ambos son creados por Dios uno para el otro como “ayuda” recíproca en el orden del ser y en el camino de su propia humanidad. Este principio del “ser recíproco”, “para” el otro, adquiere significados nuevos en la maternidad de María. En Ella, las Tres Personas divinas se dan al hombre y pueden prolongar así, de un modo nuevo, su “ser recíproco” trinitario. Y a través de su maternidad, María acompaña y hace posible el camino humano de Dios, haciéndose compadeciente con él y dando así, desde su maternidad, un nuevo significado al principio de la “ayuda” formulado en el Génesis.

Y, puesto que todo hombre está destinado a la unión con Dios, a ser hijos en Jesucristo, con su *fiat* materno, María se convierte en representante y arquetipo de todo el género humano. En la persona divina del Verbo queda unido y recapitulado todo lo humano y todo lo

⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem* n. 4: “De esta manera “la plenitud de los tiempos” manifiesta la dignidad extraordinaria de la “mujer”. Esta dignidad consiste, por una parte, en la elevación sobrenatural a la unión con Dios en Jesucristo, que determina la finalidad tan profunda de la existencia de cada hombre tanto sobre la tierra como en la

divino, de modo que en Cristo alcanza su plenitud ese “ser recíproco”, ese “existir para” definitorio de Dios y del hombre, en cuanto imagen suya. El seno de María se convierte así en el lugar del don de sí, tanto de Dios como del hombre y, por tanto, en el lugar de la *acogida*: el misterio de Dios tiene cabida y cumplimiento en Ella, sin límites ni condiciones, y todo el misterio de lo humano, también el pecado, es asumido plenamente y, por lo tanto, salvado en la persona del Verbo. En María se alcanza la plenitud de una *reciprocidad* personal que define en origen su maternidad, como también define en origen la virtud de la misericordia.

En el seno de María, el Verbo de Dios comienza a compadecer con todo lo humano asumido en su persona divina; María es también la Madre compadeciente con el Hijo, que acompaña, incluso en lo biológico, la gestación de este camino de misericordia de Dios hacia el hombre y todo lo humano, asumido en Cristo. Pero, su maternidad va más allá de lo biológico y adquiere un significado espiritual que comprende todo el camino de la educación del Hijo. Su maternidad es eminentemente *generativa* y *biográfica*: no es solo un hecho físico o biológico, sino que mira a generar la persona, comprende todo el camino de la educación del Hijo, y comprenderá también todo el camino de acompañamiento materno a todos y cada uno de los hombres. Por eso, toda su vida, entregada al Hijo, sigue siendo expresión sublime de misericordia y de compasión hacia todos los hombres y todo lo humano, que están recapitulados en Cristo. Este camino de compadecimiento con el Hijo llegará a su culmen en el Misterio Pascual, en donde la maternidad de María se hace compasiva con el Hijo de un modo único. Asociada de manera singular a la oblación del Hijo al Padre, en la Cruz María se hace singularmente Madre de la misericordia, es decir, Madre compasiva con Cristo y, en Él, con todos los hombres y todo lo humano.

La maternidad universal de María, que da inicio oficial al pie de la Cruz, se prolongará en el *tiempo* a través de su maternidad compasiva y misericordiosa hacia todos los hombres. Y será la maternidad misericordiosa y compasiva de la Iglesia el cauce que prolongue eficazmente ese amor misericordioso de Dios hacia toda la humanidad. Con María se hace realidad esa “plenitud del tiempo” (cf. Ga 4,4) que acompaña el nacimiento del Verbo encarnado y que da veracidad y cumplimiento a la misericordia divina. La maternidad virginal de María, que se hace eficazmente universal a través de la maternidad de la Iglesia, hace creíble el amor misericordioso de Dios hacia el hombre, que no se limita a un gesto puntual sino que permanece en el tiempo y por encima del tiempo, traspasando la eternidad.

El seno de María se convierte así en el lugar de la *comunión*, el lugar donde la mayor unidad se da en la mayor diferencia. En Ella se nos revela de un modo especial el misterio de comunión trinitaria, que es entregado al hombre, a través de su maternidad, como expresión máxima del amor misericordioso y compasivo de Dios hacia todo lo humano. En su maternidad, Dios se inclina al hombre, entregándose a él, no solo para socorrerle y salvarle de la miseria del pecado sino, sobre todo, para hacerle partícipe de su misma vida divina y del misterio de su comunión trinitaria. Esta gloria propia de la resurrección, a la que el hombre

eternidad. Desde este punto de vista, la “mujer” es la representante y arquetipo de todo el género humano, es decir, representa aquella humanidad que es propia de todos los seres humanos, ya sean varones o mujeres. Por otra parte, el acontecimiento de Nazaret pone en evidencia un modo de unión con el Dios vivo, que es propio sólo de la “mujer”, de María, esto es, la unión entre madre y hijo”.

está destinado será, en realidad, la mayor misericordia de Dios hacia el hombre.

4. Conclusión

Salvando los límites de la analogía, Dios se sirve del lenguaje tan humano de la feminidad y de la estructura de la maternidad para revelar el misterio central de su amor misericordioso y compasivo hacia el hombre. Toda maternidad de la mujer, pero de una manera especial la maternidad divina y virginal de María, es un signo en la carne de ese misterio de la misericordia y compasión divinas, que se nos ha revelado plenamente en Cristo. Porque la maternidad es una expresión singular del don de sí en la mujer, sus dinamismos internos y su estructura hacen de esta realidad tan humana y tan personal un prototipo y paradigma de la misericordia cristiana.

Todo hijo es concebido bajo el corazón de la madre⁸. Y lo primero que toda madre entrega a su hijo es su carne y sangre, para formar en ella una nueva vida. En la carne y sangre de María, en su corazón materno, se supera con creces esa visión romántica y emotivista de la misericordia, que no encuentra su centro en la dignidad y valor de la persona sino en el subjetivismo del propio “yo”. En efecto, nada más contrario a la falacia de una misericordia puramente emotivista que la experiencia profundamente trinitaria, y a la vez profundamente humana, de la maternidad virginal de María, en la que se nos ha revelado el corazón misericordioso y compasivo de Dios. En el don materno de su carne y de su sangre se anticipaba ya el don eucarístico de la carne y sangre del Hijo, que un día habrían de hacerse sacramento de la misericordia y compasión divinas. Por el don de su maternidad virginal, porque el don materno de su carne y su sangre fue la mediación más humana para que se encarnara en el mundo la misericordia misma del corazón del Padre, por eso, puede ser invocada secularmente como Reina y Madre de misericordia, inclinada como Reina y Madre compadeciente hacia todos los hombres. ■

LA AUTORA

Carmen Álvarez Alonso. Doctora en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Profesora asociada en la Facultad de Teología san Dámaso (Madrid). Miembro de la Real Academia de Doctores de España.

⁸ Expresión muy utilizada por san Juan Pablo II. Cf., por ejemplo, *Discurso a los Cardenales y preladados de la Curia Romana* (22-12-1979); *Ángelus* (3-2-1980); *Audiencia general* (31-8-1983).